

Polisemia paradójica del prefijo "per"

por J. CAMPOS

La estructura de una lengua tan bien conocida como el Latín, aunque no se hable en nuestro tiempo, no siempre puede explicar lógica y satisfactoriamente ciertos hechos lingüísticos, al parecer paradójicos, que se dan en formas gramaticales, estilísticas y sobre todo lexicales y semánticas, cuyo origen escapa a nuestros conocimientos actuales, porque se pierde en la lejanía ascendente de las causas histórico-psicológicas, que los produjeron, hasta esfumarse insensiblemente en la penumbra de la prehistoria de la lengua. De ahí que no sea suficiente para este objeto el sincronismo del estructuralismo funcional de la lengua, y tenga que pensarse en la diacronía y tradición de la ascendencia histórica para aproximarse, o por lo menos, vislumbrar, un estado de lengua muy anterior, que nos esclarezca u oriente el problema. Esta reflexión histórica descubre a veces rasgos y reminiscencias diluidas en los usos y valores plurivalentes que absorben ciertas formas, que hacen sospechar la causa o causas de las anomalías observadas. Es tan complejo e inconsciente el espíritu humano, tan mudable en sus intenciones, decisiones y sensaciones, que no puede menos de «proferir» esas actitudes y variaciones, en sus expresiones lingüísticas. La atracción, la semejanza, la limitación, la asociación por afinidad, por contraste, por recuerdo repulsivo, son factores que pueden explicar muchos hechos anómalos de lengua.

¿Por qué, por ejemplo, en *peracutus*, el prefijo *per-* añade una intensidad o perfeccionamiento de la cualidad, y en *perfidus* es negación de la fidelidad? ¿No es una paradoja tal valor significativo?

Claro que no sólo es *per-* donde aparece esta paradoja. También la encontramos en *ue-*: *ue-pallidus*, «muy pálido»